



DURA 1 (2019)

Revista de literatura criminal hispana

Oswaldo Zavala. *Los cárteles no existen. Narcotráfico y cultura en México*. Barcelona: Malpaso, 2018. 252 pp. ISBN 978-84-17081-51-5

Hace poco, el periódico *El País* (8 dic. 2018) publicó un artículo de Zavala con razón del juicio de El Chapo, titulado “El Chapo, a juicio: el mito del narco y la narrativa de seguridad nacional.” Fue así como me crucé con *Los cárteles no existen. Narcotráfico y cultura en México*. La portada del volumen, digna de una obra de arte surrealista, por aquello de combinar la palabra con la imagen, al estilo de André Breton, refleja, sin duda, el entramado mundo del narcotráfico y la carnicería humana que tanto y tristemente se han asociado en las últimas décadas con el país norteamericano.

En su introducción, “**La intervención de un enemigo formidable**”, el autor, periodista y profesor de literatura y cultura latinoamericana en la City University of New York (CUNY), prepara a sus lectores para afrontar la verdad *vox populi* sobre la relación muy tóxica entre Estado y narcotráfico, que aún deja perplejo a más de uno. El texto aporta sin ambages, capítulo a capítulo y divididos todos en apartados titulados, datos fáciles de cotejar e historias sobre el maridaje de (narco)política y (narco)violencia, y sus nefastas consecuencias, que han sumergido a la población mexicana en una orgía de sangre. En un magistral pasaje, Zavala reporta, a principios de su texto, el *performance* de los militares en un acto oficial del gobierno mexicano hacia el final del sexenio de Felipe Calderón, que pretendía poner de relieve la peligrosidad de los narcos y distinguir su *modus vivendi*. Conclusión: la representación *teatral* del cuerpo de Estado no hizo sino poner de relieve la caricaturización del fenómeno del narcotráfico (10). Y de ahí la fabulosa tapa del libro.

Según advierte el autor, la guerra contra las drogas empezó con el presidente Nixon en los setenta para justificar las intervenciones militares de Estados Unidos en México. El autor cita al periodista Gary Web cuya investigación destapó el negocio narco que Estados Unidos tenía entramado con Nicaragua. Esa pesquisa no solo le costó al veterano informador su trabajo y reputación, sino también su vida: acabó suicidándose tras la persecución que sufrió por parte del gobierno y el linchamiento intelectual de sus compañeros de oficio. En los ochenta,

Terrence E. Poppa también indagó minuciosa y coherentemente en el tema e, igual que él, otros también lo hicieron y todos llegaron a la misma dictamen: la violencia tenía lugar en zonas militarizadas con el único pretexto económico de despoblar para explotar los recursos naturales. Al fin y al cabo, “cartel” es un invento de la Agencia Antidroga (DEA, en sus siglas en inglés), para conceder a los narcotraficantes colombianos más poder de lo que realmente ostentaban y así justificar el uso de la violencia extrema por parte de las autoridades oficiales (85).

Luego de la introducción, sigue el primer capítulo, “**La despolitización de la narcocultura**”, donde se examina la naturalización de la violencia a raíz de la proliferación de la narrativa narco que, en opinión de Zavala, fue iniciada con *La reina del sur* (2002) de Pérez Reverte elevando este tema a categoría de literatura. Más la realidad desborda la ficción. Por eso, Zavala critica la fascinación siniestra por el mal, por la violencia; cómo se ha llegado a banalizar términos como narcotraficante, cártel, sicario y su tratamiento en una suerte de mezcla de narrativa y periodismo que deja al descubierto la relación de mutuo beneficio del binomio escritor/periodista, llamado “Generación Bang”: *yo escribo el libro y tú me escribes el prólogo. Y viceversa*. El problema que ve Zavala con esta práctica poco ortodoxa, con tintes americanos, es que se alimenta exclusivamente de la versión oficial ofrecida por el Estado mexicano, alejándose del periodismo tradicional. O lo que viene a ser “pensamiento estatal”, en palabras de Pierre Bordieu, cuando el Estado mismo manipula el pensamiento individual (58). Así, pues, nuestra aprehensión del narco la proyectan artefactos culturales como novelas, películas, series de televisión y música, que se basan en el periodismo narrativo que, a su vez, se nutre del discurso securitario. Este último hace lo propio alimentándose de los diferentes medios culturales. Un círculo vicioso que pone al descubierto la falta de “materialidad histórica debajo de la representación textual que supone mostrar lo *real* del narco” (87). El autor rescata, sin embargo, a algunos crítico cuya narrativa no cayó en los estereotipos en torno a lo narco, por lo que su labor ayudó a visitar este problema en la literatura. Zavala cita a César López Cuadras, Daniel Sada, Roberto Bolaño, Víctor Hugo Rascón Banda, y Juan Villoro.

El siguiente capítulo, “**Los cárteles no existen (pero la violencia de estado sí)**,” aborda el tema del tráfico de drogas desde una perspectiva histórico-política valiéndose de premisas de politólogos, sociólogos y periodistas de renombre como Carl Schmidt, Luis Astorga y Dan Baum, Fernando Escalante Gonzalbo, entre otros. En esta sección, el autor achaca

a ciertos académicos y escritores su empeño en tergiversar las causas del crimen del crimen organizado en algunas zonas en México, cuando en realidad, su única fuente de información es, una vez más, el discurso oficial que, como es lógico, exculpa el papel del Estado en ese baño de sangre. Zavala reaviva el debate sobre el sensacionalismo de la narcoliteratura cuya representación del narcotráfico carece de verdad política, ya que no distingue entre el amigo y el enemigo. Para eso, Zavala apela a “pensar políticamente el fenómeno” (110) del narco. Asimismo, en este mismo apartado, el investigador aporta datos valiosos sobre los diferentes pactos en materia de seguridad nacional y políticas antidrogas entre presidentes mexicanos y estadounidenses, que dejan al lector atónito.

En “**Cuatro escritores contra el “narco”**”, Zavala retoma algunos de los novelistas rescatados previamente y dedica esta sección al análisis de sus más celebrados textos: *Cuatro muertos por capítulo* (2013); *Porque parece mentira la verdad nunca se sabe* (1999); *2666* (2004); y *Arrecife* (2012). El periodista alaba dichas novelas por aportar una lectura alternativa en cuanto a la violencia suscitada en México a raíz del narcotráfico, sin caer en los clichés de la narconovela. Destaca también cómo todas las novelas mencionadas hacen un planteamiento crítico de la narcoviolencia, que el periodista acompaña con pensamientos teóricos de Alain Badiou, Jaques Derrida, Slavoj Žižek y Jaques Rancière. Todas coinciden en que Estado y narco son meros socios. De nuevo, véase la portada del libro.

Finaliza el libro con “**Traficantes, soldados y policías en la frontera**” que aborda el narcotráfico, la violencia y el feminicidio en Ciudad Juárez; el infierno, que diría Bolaño (179). Como antiguo reportero para *El diario de Juárez*, el autor ha vivido en primera persona la criminalidad en la región fronteriza y que ha superado cualquier pesadilla. En este contexto, Zavala disputa la clasificación que Ricardo Vigueras-Fernández hace de las narrativas cuyo enfoque temático es Ciudad Juárez: la “literatura juárica” escrita fuera de Juárez, y la dominada “literatura juarense” que se escribe en Juárez (180-1). A juicio del académico, la condición *sine qua non* de estar “presente” para escribir sobre lo “real” en Juárez supone un “nuevo mito autoritativo” (181). Para ello, Zavala se dedica a lo largo del capítulo a proveer casos y textos que debaten y rebaten los postulados de Vigueras.

Zavala cierra su libro con un epílogo donde resume el *statu quo* en México; una radiografía de las vicisitudes del país en las últimas décadas. Reitera su argumento de responsabilizar a las autoridades de la supuesta

RESEÑAS

y perpetua guerra de cárteles y la hiperviolencia. Ahora bien, Zavala, de ningún modo, defiende a los narcos ni su *modus operandi*. A lo largo del libro, el autor recalca su idea de pensar e “imaginar el mundo con inteligencia crítica” (147). Un dictamen muy oportuno en tiempos de *fake news*.

La investigación rigurosa y coherente caracteriza este volumen que abre un nuevo camino para los estudios sobre el narcotráfico, en general, y mexicanos, en especial. *Los cárteles no existen* representa una obligada consulta para los expertos y novatos; una crónica de la tragedia mexicana reciente. Es un trabajo muy bien investigado y ofrece una oportunidad insólita para el acercamiento y análisis de los recientes eventos acontecidos en Los Estados Unidos Mexicanos.

Sabrina S. Laroussi
Virginia Military Institute